

FEDERICO BERMUDEZ

LOS
HUMILDES

ucmm





COLECCION "CONTEMPORANEOS"

Director Héctor Incháustegui Cabral

8. 4. 74
2019/04

BNP#4
DS
RD861.42
B5164, 1968
e.3



2006/1/22
p. 12/11
0-2

LOS HUMILDES

1-3-34

Reg. No.

001683



10/10/10
10/10/10
10/10/10

10/10/10

10/10/10



FEDERICO BERMUDEZ

Por Joaquín Balaguer

RESEARCH CENTER

F

ederico Bermúdez es la más nítida conciencia de poeta que ha existido en la República Dominicana desde los tiempos remotos de la Conquista. Su poesía no gira, como la de tantos otros, alrededor de sus propias quejas ni de sus propios dolores. Del espectáculo del mundo, de las mil facetas con que se presentó ante sus ojos la realidad circunstante, sólo le interesó esa parte de humanidad dolorida, de humanidad atormentada que se debate sin consuelo en el desamparo de los bajos fondos sociales.

Nadie podría disputarle el galardón de poeta de los humildes, de los sin fortuna, de los tristes; el título de vocero del dolor de la gleba y de cantor de todos los proscritos de la justicia humana. El penacho lírico de este caballero de la palabra armoniosa, intérprete de todos los heroísmos ignorados y de todos los tormentos sin nombre, no se paseó jamás bajo los artesonados palaciegos, ni se inclinó nunca ante esas voluntades que se alzan, dominadoras y arrogantes, con el señorío de los débiles.

Si existe un arte sin mácula, una poesía negada a todo género de sentimientos espúreos y de aleaciones pecaminosas, es la de este príncipe de la armonía verbal que recorrió todos los suburbios de su ciudad, desgranando sobre la cabeza de los humildes, (1) como un collar rumoroso, la magia de su canto.

EL SENTIMIENTO DE LA JUSTICIA SOCIAL.

EL PODER DEL VERSO COMO INSTRUMENTO DE ACCION.

Federico Bermúdez se sintió siempre atraído por una irresistible simpatía hacia todas las miserias humanas.

Un artista de su rango, con el oído atento a todos los rumores que se elevan desde la esfera hirviente y convulsa en que se agitan, ansiosas de redención, las clases desheredadas, no podía dejar de sentirse unido al pueblo y de asistir, con conmovida simpatía, a esas tragedias, no por menudas menos dolorosas, en que degeneran muchas veces sus duras luchas por el pan.

Sus efusiones líricas más genuinas y más puras, los grandes arrebatos sentimentales que en él alcanzan a menudo la intensidad de la pasión, las notas hondamente patéticas que aparecen con frecuencia en su obra y los rasgos dramáticos que a veces brillan en su verso con coloraciones misteriosas, proceden, como de una raíz recóndita, de un sentimiento que constituye el rasgo capital de su fisonomía de artista: el sentimiento de la justicia social, de la solidaridad humana.

Toda su poesía, aun aquélla que aparece sacudida por el aura bulliciosa de la primera juventud, se ha-

lla dominada por un insaciable anhelo de comprensión. Se diría que su mayor empeño fue dar cabida en su obra a todos los dolores, menos al suyo. Es, precisamente, esa extraordinaria capacidad para sentir y para interpretar la angustia ajena, para responder a las lágrimas que otros vierten a su alrededor y para recogerlas amorosamente en su verso con la misma avidéz con que la flor recoge en su corola el rocío llorado por la noche, lo que infunde a su voz un acento propio, una resonancia impercedera, una vibración patética y profunda que no tiene similares en la poesía antillana. No fue para exhibir su propia pena, sino la pena de los demás, la de aquéllos a quienes la vida reservó, con rigor inexorable, sus mordeduras más acerbadas, para lo que abrió, hinchada por un rumor salobre, la vena de su inspiración, y para lo que extendió sobre el mundo las alas de su sensibilidad evocadora.

Federico Bermúdez prefirió, al vocerío del ágora de las arengas, la paz de su aislamiento orgulloso. Pero su férvida y fraternal adhesión a los humildes, la sed, siempre inexhausta, de justicia, que lo impulsó a inclinarse, con desvelado fervor sobre el desamparo de los débiles, le hicieron aparecer muchas veces en la plaza pública para asumir en ella la defensa de esas grandes masas de seres sin fortuna que ya en la sociedad de su tiempo empezaban a doblegarse bajo el peso de las injusticias sociales. El verbo conmovido y doliente de los grandes arrebatos románticos, el que le sirvió a menudo para la expresión de sus congojas de hombre y de sus vacilaciones de poeta deslumbrado por los resplandores de un ideal inasible, de un ideal distante, se transfigura entonces, bajo el contacto del dolor ajeno, para trocarse en el verbo omnipotente y fervoroso de la afirmación.

¿Qué energía latente, celada por una apariencia engañosas, opera en él ese milagro? Si su voz aumenta de volumen para adquirir en esas ocasiones la entonación de la palabra imprecadora, si su verso, que no solió vestir túnica de púrpura sino manto de espuma, toma entonces un vigor atlético y un impetu desusado, no fue porque Federico Bermúdez se creyera con fuerza suficiente para pulsar la lira mayor de los grandes vates civiles. El secreto de esa transformación, extraña a todo móvil artístico, residió por completo en su afán generoso de servir a las clases desheredadas. Sabía él que el cántico, cuando descende, desencadenado por un sentimiento justiciero, de los labios de un poeta genuino, adquiere la incontenible violencia de las aguas que bajan desde las cumbres con ritmo proceloso.

La obra de arte, aun aquélla cuyo contenido es de orden puramente estético, cumple siempre, sin imponérselo acaso, una misión utilitaria. Aun en esa cosa frágil y delicada que es el verso, cabe un mundo de posibilidades para la conquista de las fuerzas que gobiernan la vida. La palabra alada de los poetas, aunque carezca del empuje hercúleo que animó la palabra altisonante de los grandes vates primitivos, agita y conmueve de tal modo el sentimiento de los hombres que se transforma, cuando interviene en sus luchas, en invencible instrumento de acción, dotado con el poder combativo de un arma de pelea. Es que todo lo que nazca de la mente del hombre animado por un sentimiento excelso, todo aquello en que la verdad encienda su luz inextinguible o en que la justicia imprima su sello resplandeciente y perdurable, lleva un soplo de inmortalidad en su seno y aunque parezca endeble como una flor, tenue como un girón de espuma, puede ejercer y ejerce muchas veces u-

na influencia decisiva en el destino de las sociedades humanas y hasta en el orden del mundo.

EL AMOR DE FEDERICO BERMUDEZ A LAS CLASES DESHEREDADAS.

EL DESTINO DE SU VERSO.

POESIA CON SABOR A LAGRIMAS.

¿De dónde procede ese acento amargo, con sabor a lágrimas, que fluye sin cesar de esta poesía como la voz del caracol salobre desde el fondo de las ondas marinas?

Recordemos que el despertar del numen lírico coincide, en Federico Bermúdez, con el auge de las grandes empresas que absorben y desgarran la región sobre cuyo regazo vino el poeta al mundo. Ya en 1913, cuando Gastón Deligne proclama que Federico Bermúdez, llegado a la plenitud de su genio, era la figura poética más descollante de su época, (2) la zona oriental de la República había pasado casi por completo al dominio del capital extranjero. La pequeña propiedad absorbida por la riqueza exótica, se escapaba de las manos del trabajador nativo. El latifundio, con todo lo que esa palabra encierra como sinónimo de explotación y de injusticia, había asentado para siempre su garra implacable sobre aquella vasta región, y empezaba a extenderse sobre sus campos esquilados, sobre sus poblaciones indefensas, sobre sus dulces campiñas doradas como las hojas del loto en el otoño.

Las grandes corporaciones que se dedican, en los países del trópico, a la explotación de la industria azuca-

ra, tienen por base una organización que parece destinada, hasta en sus más nimios detalles, a erigir tales empresas, sobre todas las zonas sometidas a su influencia esquiladora, en verdaderos gobiernos seccionales. No hay dictador, en las naciones menos democráticas de América, que disponga, por encima de sus fueros constitucionales, de la odiosa suma de preeminencias y poderes que esas empresas acumulan en manos de sus administradores. El espíritu que ha dictado cada uno de los sistemas y cada uno de los procedimientos que se utilizan para la explotación del hombre en estos centros industriales no difiere en nada del que dictó, bajo la noche mortal de la Colonia, los métodos que hicieron execrable el inicuo régimen de los tributos personales. Allí, dentro del círculo dantesco que el despotismo de la riqueza traza alrededor de esas máquinas monstruosas, vive el trabajador nativo bajo el látigo de los mayordomos de hacienda en el mismo estado de sumisión y de abandono en que vivió el indio bajo la garra del corregidor o bajo el puño implacable del encomendero. (3)

Federico Bermúdez asistió a esta tragedia y trajo muchos de sus aspectos en versos inolvidables. La amargura de esa realidad traspasó su corazón y fijó para siempre el destino reservado a su canto: su poesía, acallando los impulsos íntimos con que pugnaba por manifestarse en ella la vena pasional, quedaba definitivamente proscrita del ambiente frívolo de los cenáculos románticos, de los salones cerrados a toda actividad fecunda y abiertos sólo a las piruetas retóricas, a las intrigas de tocador, a los juegos galantes.

Desde entonces se impuso Federico Bermúdez la misión de olvidarse de sí mismo para excitar la simpatía de los demás en favor de los débiles, de esconder sus

propios sentimientos para exhibir los de las clases que viven al margen de toda protección social, de imponer silencio a las congojas de su propio corazón para expresar, en cambio, las de esos corazones en ruina que se marchitan en medio de la más espantosa desnudez y que han sido despojados hasta de la inocente ilusión de ser devueltos un día a la vida de la dignidad humana.

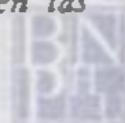
Las víctimas del trabajo, entendido, no como actividad sublimadora, sino como régimen de esclavitud y como instrumento de opresión, despiertan en él un sentimiento de simpatía tan absorbente como espontáneo y generoso. El obrero de piel bronceada por los soles del trópico, la "lavadora de oro" que persigue el metal fugitivo entre la arena de los ríos y ve brillar las aguas con las coloraciones muchas veces engañosas de la esperanza, el mendigo que avanza "curvado sobre el báculo piadoso", las legiones de hombres y mujeres que salen de las capas más ínfimas del pueblo y resisten día tras día los embates de la miseria con una entereza heroica que se levanta como el peñón de un faro entre las borrascas de la vida: he ahí las figuras que desfilan por su obra como una multitud de héroes anónimos por un alto relieve de bronce.

Lo que hay de grande, y aun de excelso, en este amor de Federico Bermúdez, hacia las clases desheredadas, es que él no fue un predicador de odio ni un azuzador de antagonismos sociales. Si le hubiera tocado nacer en un medio menos favorable que el nuestro a una pugna de ese género, en un ambiente caldeado por el fuego del sindicalismo agresivo, su adhesión a los débiles no le hubiera llevado nunca hasta el extremo de alentar la lucha de clases convirtiéndolo en el verbo que la anuncia o en la voluntad que la desata. Su actitud

fue sólo de amorosa inclinación y de comprensiva y desinteresada solidaridad hacia todos los seres sin defensa que veía caer a diario a su alrededor, vencidos unas veces por los golpes de la adversidad y otras veces por una cualquiera de esas villanías que caben en los abismos de la maldad humana. Por eso hay en su obra tantas páginas acerbas que destilan, sin embargo, mansedumbre y dulzura, a semejanza de ciertas frutas tropicales que están llenas de acidez y de acritud pero que despiden aroma.

EL ARTISTA Y SU AMBIENTE.
SU INDIFERENCIA ANTE EL
PAISAJE CIRCUNSTANTE.
BERMUDEZ Y DELIGNE.

No podría afirmarse que Federico Bermúdez fue por completo insensible a los encantos de la naturaleza física. Nacido en una de las porciones más bellas de su isla maravillosa, su emoción poética pudo sentirse estimulada a toda hora por la sugestiva hermosura de un espectáculo cambiante y majestuoso: un paisaje agreste en que revienta, con lujo de verdura, todo el brio salvaje del suelo tropical; vastas llanuras que se extienden como un reto a la ambición del que quiera subyugarlas levantando sobre ellas el imperio de su voluntad dominadora; cielos que encierran toda la gloria de la noche en el misterio de su azul profundo; campos con ambiente de églóga, y allá, en la línea apenas perceptible en que se quiebra el horizonte, un mar inquieto, un mar que se desata en vórtices de espuma cuando sus aguas se encrespan bruñidas por los soles del trópico y se tiñe con fugaces tintas de violeta cuando sobre él descienden las



penumbras de la tarde. Pero todo ese conjunto de maravillas naturales, de melodías bárbaras que hubieran acudido en tropel a los labios de un artista dotado con el don del sentido plástico y con la gracia de la aptitud descriptiva, sólo se traducen en la obra de Federico Bermúdez por incidentales alusiones y por ligeras manchas de color.

¿Cómo se explica la obstinada indiferencia con que Federico Bermúdez se mueve alrededor de ese paisaje singular en que se dan cita todos los colores? El caso no es único en las letras nacionales. Idéntico reproche podría hacerse a otro poeta excelso, a Gastón F. Deligne, que pasó también ante esas mismas bellezas en actitud desdeñosa. Los dos poetas, a pesar de su maestría con que supieron vencer, al abordar otros temas, dificultades estéticas de mayor volumen, y a pesar de que ambos fueron dueños de una extraordinaria sensibilidad, de una sensibilidad hasta tal punto desbordante que no es raro verla transformada en anchurosos ríos de ternura que se abren paso con impetu conmovedor a través de las finas y delicadas venas de sus cantos, se desvincularon casi por completo del mundo físico para penetrar en las interioridades de ese otro mundo enigmático y subterráneo de lo subconsciente en que se generan los impulsos secretos que dirigen la conciencia humana. Su mirada se detuvo raras veces en la corteza del mundo exterior. Tanto Gastón Deligne como Federico Bermúdez, renunciando a sus aptitudes ingénitas para llevar al verso las iluminaciones del color, para sorprender los más nimios detalles de la realidad circunstante, para traducir al lenguaje poético esos acordes bárbaros y esas músicas disonantes y monstruosas que se elevan desde el fondo de cada selva tropical como desde una orquesta

primitiva y salvaje, se entregaron a la tarea de remover las entrañas mismas de nuestra sociabilidad para sacar de ellas los temas en que había de ejercitarse su inspiración poderosa.

Anticipándose a la labor de los sociólogos, gracias a esa extraña facultad de adivinación que parece ser privilegio de los grandes poetas, ambos recogen en sus obras todos los ideales y todos los sentimientos que se han fundido, en el curso de los tiempos, para formar el alma de la patria y para dotar de perfil propio la nacionalidad dominicana. Toda la vida nacional, desde los grandes factores psicológicos que mayor influencia han ejercido en nuestra evolución democrática, hasta aquellos episodios corrientes que por la regularidad con que se repiten en un medio dado llega a adquirir un sello distintivo y un valor propio entre los elementos que definen la fisonomía moral de una nación, se halla reproducida en la poesía de Deligne y en la de Federico Bermúdez con fidelidad que no han logrado ni lograrán nunca las mejores narraciones de los tradicionalistas vernáculos que se han propuesto revivir la imagen desteñida de nuestras cosas pasadas.

Deligne traza los grandes cuadros que resumen en forma dramática periodos enteros de nuestra historia. Así, la composición titulada "Ololoi", encierra en síntesis la época de cruentas y feroces luchas fratricidas de que el país entero fue escenario hasta el día en que logró finalmente ordenar su vida dentro de inviolables moldes civiles. La que lleva por epígrafe "Del Patíbulo", página dantesca sobre cuya blancura proyecta el crimen su sombra aterradora, es la rememoración de un episodio trágico que se repite sin cesar durante las oscuras décadas que se inician poco después de la proclamación

de la Independencia y se prolongan hasta el momento en que los bandos que se disputan el poder adquieren el sentido de generosa convivencia nacional que ha sido la aspiración constante de nuestra democracia *qualitaria*. He aquí el cuadro que esta última composición pone ante nuestros ojos: el país, víctima de una de las autocracias que se disputan la dirección de sus destinos, se halla reducido al martirio y a la servidumbre; sobre todas las almas, sobrecogidas de temor y de angustia, pesa la inquietud de un gobierno cuartelario; súbitamente, una conciencia rebelde, irrumpiendo del seno mismo del rebaño que se apacienta en la abyección y en la ignominia, se pone en pie para reprochar al déspota su vendimia de dolor y de sangre; la tiranía, pronta a reprimir toda señal de inobediencia, condena a morir afrentosamente en el patíbulo al autor de aquel desesperado movimiento de repulsa dirigido contra la oligarquía reinante; el día señalado para el crimen, mientras los fusileros del autócrata apuntan con sus armas al pecho de donde partió aquel angustioso grito de protesta, la patria, simbolizada por dos mujeres que llevan aún en sus trajes las huellas de una noche de orgía, asiste al holocausto con la fría impassibilidad de los pueblos que se abrazan a su derecho escarnecido sin poder oponer a la fuerza otra resistencia que el caudal de lágrimas con que bañan el áspero y penoso camino por donde acaso un día retornará hasta ellos la libertad que les fuera arrebatada.

A esta poesía de alientos vigorosos, a esta poesía en la cual la inspiración tiene algo de oceánico que se desborda sobre nuestras cabezas como una ola inmensa y rumorosa, se pone la poesía de Federico Bermúdez, poesía sencilla por cuyo cauce corre una vena de mayor ternura. La una, llena de preocupaciones metafísicas, vuc-



la por los anchos espacios reservados al pensamiento humano; la otra busca, en cambio, el contacto con la tierra y se nutre de raíces amargas para ofrecernos un eco de los dolores comunes, de aquellos que son patrimonio de todos los hombres y que se forman al calor de la vida, con las espinas arrancadas a los sinsabores de la lucha diaria.

La poesía de Deligne es más alta, más original, más majestuosa; la de Bermúdez, más entrañable, más dulce, más humana. Se podría simbolizar la del primero en la ola del mar que se precipita sobre las riberas y llena con sus vastos rumores los caracoles de la playa; la del segundo, a su vez, podría tener como símbolo lo más puro y lo más frágil que cabe en la inmensidad del océano: la espuma.

Cuando leemos a Deligne, nos parece que asistimos a una cátedra donde un artista supremo, con palabra férvida que no descende nunca a la aridez dogmática, filosofa en verso sobre los misterios de la naturaleza y de la vida. Federico Bermúdez nos transporta a regiones menos altas, a regiones desde las cuales no alcanzamos a escuchar los terribles acentos de la palabra que anticipa el porvenir y que conjura al destino, pero sí percibimos, en cambio, el clamor de las almas que aquí abajo, sobre el polvo y el cieno de la tierra, se debaten entre las miserias de las luchas por la conquista del pan y entre las iniquidades del mundo.

TENDENCIAS DISIMILES. ENTRE
RUBEN DARIO Y BAUDELAIRE.
AUSENCIA DE FRIVOLIDAD.
PALABRAS DE AFIRMACION Y DE
ESPERANZA

Describe Dante, en una de las más tremendas escenas de su poema simbólico, la lucha entre un ángel y un demonio que se disputan, de manera encarnizada, el cuerpo yacente de Buonconte de Montefeltro, sobre el campo de batalla de Campaldino. En el espíritu de todo gran artista se libra una lucha semejante entre dos deidades antagónicas: entre una deidad risueña y amable que lo substrahe a la vulgaridad de su ambiente y lo transporta a las regiones excelsas en que impera a toda hora la luz, y una deidad diabólica que lucha sin cesar por arrastrarlo a su reino, perpetuamente invadido, como el de las brujas de Macbeth, por las tinieblas de la maldad humana. Cuando es la primera de esas dos divinidades la que triunfa y domina al fin sobre aquella alma de excepción, la facultad artística adquiere la nitidez del diamante, como en Shelley, encarnación de Ariel, en torno a cuyo verso, como en torno a un jardín, ronda un pájaro celeste dando voz al misterio de la noche. Si la que aparece vencedora es, por el contrario, la deidad del poder demoníaco, entonces el don divino se convierte, como Baudelaire, en una chispa satánica como la que resplandece sobre la frente de los ángeles rebeldes y como fulgura, con resplandores siniestros, en el puñal de Benvenuto.

La personalidad artística de Federico Bermúdez se mantuvo fluctuante entre esas dos tendencias distimiles que se disputan el dominio de todas las almas superiores. Si, por una parte, siente la fascinación de Bau-

delaire, a quien proclama, con ingenuo entusiasmo, "gran creador de luz" (4), por otra parte se declara idólatra de Rubén Darío, y aspira como él a sustituir la poesía emocional, despojada de todo sentido arquitectónico, pero dotada en cambio de un amplio sentimiento expansivo, por esa otra poesía de alma marmórea en que el verso cae, sobre la desnudez de la palabra, como un manto de lujo bordado por un artista primoroso. Como el diabólico maestro de "Las Flores del Mal", gustó Federico Bermúdez de ofrecernos, con morbosa delectación, el amargo zumo de la verdad en la misma copa en que nos dió a beber el vino de la orgía. Pero como el autor de "Azul", amó también al ave wagneriana y tributó entusiastas loas al lirio, símbolo del candor ingenuo y de la pureza exquisita. No es raro que ambos sentimientos se mezclen en la obra de Federico Bermúdez y que en la misma página despliegue el cisne la albura de su plumaje majestuoso y enseñe sus garras el gato hierático y sombrío que Baudelaire erigió en símbolo de su musa maldiciente y plebeya.

La nota más relevante de la poesía de Federico Bermúdez es la ausencia de frivolidad. No hay una sola de sus composiciones en que no sea fácil descubrir uno de esos rasgos de que se sirve "la eterna idea armónica para dar breve muestra de su poder a los mortales". (5) En sus páginas más risueñas, aun en aquellos versos en que se insinúa un aroma de tocador o en que mariposea una sonrisa de mujer liviana, cuando parece que la emoción poética va a diluirse en un juego de palabras fútiles o en un cabrilleo de imágenes pintorescas y brillantes, asoma siempre un pensamiento viril, un trazo enérgico, un rasgo conceptuoso. Así, cuando hace el elogio de la flor de la caña, la flor de seda que une "al ver-

de montaraz, blancor de luna" concluye elevando un himno a la inagotable generosidad con que la naturaleza ofrece sus mejores galas para contribuir también a los fines utilitarios de la vida.

La gran naturaleza
que, como artista inteligente, abona
a suma utilidad mayor belleza;
al fruto que es orgullo de esta zona,
en donde multiplica su riqueza
que bienestar pregona,
le puso por corona
un penacho de flor, evocativo,
cuya vaga blancura
hace admirar a un tiempo la hermosura
y la fuente de bienes del cultivo. . .
Que así, en substancia, la labor comienza
en la fecunda siembra florecida:
con la muerte fatal de la belleza
por la belleza eterna de la vida.

Cuando se halla frente a uno de los grandes espectáculos de la naturaleza, como ante la montaña que desaparece en el horizonte convertida en una simple mancha de color mientras las últimas tintas del día se confunden con las primeras sombras de la noche, no se detiene en la descripción de los detalles de aquel cuadro

grandioso, sino que deja que su pensamiento ascienda como una hoja arrebatada por el viento para entablar un diálogo con la inmensidad circunstante:

La hora del crepúsculo. . . Qué vasto y qué
(profundo
y qué tranquilo ensueño. . . Mi espíritu dialoga
con esta paz inmensa de lo infinito, y boga
como un bajel perdido sobre la paz del mundo.
(Como un bajel perdido)

Cuando se encuentra en presencia de la muerte, no le asaltan preocupaciones de orden moral ni se extiende, como Inocencio Tercero, en amargas reflexiones sobre la fugacidad del paso del hombre por la tierra y sobre lo deleznable de las obras en que ha puesto el sello de su soberbia y de su orgullo la voluntad humana, sino que adopta más bien una actitud de resignada sumisión para concluir respondiendo a la tremenda interrogación del misterio con la afirmadora palabra de la fe:

Evocación de místicas visiones celestiales;
simbolismo yacente sobre campos de lirios,
bajo el áurco destello de la luz de los cirios
el perpetuo silencio toma formas carnales.

.....

Luz de albas tranquilas que al entreabrir el
broche
se tiende al infinito sin presentir la noche,
y luz será por siempre sobre la eternidad!

(*Núbil muerta*)

EL SENTIMIENTO DE LA NACIONALIDAD EN FEDERICO BERMUDEZ.

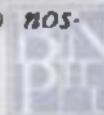
POETA CON TEMPLE DE SOLDADO.

EL VERBO DE LOS IRREDIMIDOS.

LA PATRIA, COMO EN ESQUILO, ANTES QUE EL ARTE.

Federico Bermúdez, es el más nacional de los poetas dominicanos, porque ha sido el que mejor ha desenvuelto los elementos de nuestra sociabilidad y el que más hondamente ha incorporado el mundo ideal de su poesía al mundo de nuestras realidades cotidianas.

El sentimiento de la nacionalidad aparece en él más vivo que en ningún otro poeta dominicano. El fervor patriótico que dictó a Federico Bermúdez las estrofas que llevan por epígrafe "Del Lavadero" o "Del Yunque", es más conmovedor y profundo que el que dictó a Félix María del Monte los viriles apóstrofes de su himno de guerra contra los haitianos, poema declamatorio y torrentoso en que el verso atruena con la voz de la tempestad y se agita con el impulso del combate. En la obra de José Joaquín Pérez, quien sólo alude a la patria para enaltecerla en la hosquedad bravia de sus aborígenes o para evocarla con entrañable acento nos-



tálgico en sus lamentaciones de proscrito, la sombra que rodea la figura melancólica del indio se confunde con la luz que envuelve la lanceada silueta de los conquistadores. La musa de Salomé Ureña fue, más que la patria, la escuela. Nuestros demás poetas sólo han concebido la patria como el Tasso concibió a su Clotilde: transfigurada por el conto triunfal y en la actitud guerrera propia de sus edades heroicas.

Sólo en la obra de Federico Bermúdez aparece la patria con su sentido humano y significación verdadera: una patria segura de su destino que avanza, como el águila simbólica del poema de Hugo, con un ala abierta sobre la poesía y con la otra tendida hacia la realidad. Con Federico Bermúdez, en efecto, se cierra en la poesía nacional el período de las odas patrióticas inspiradas en hazañas marciales: desfiles de banderas y estruendo de tambores, heroicas cargas de caballería, ciudades que arden como leños sagrados en la hoguera de lo libertad, ejércitos vencedores que marchan agitando al viento sus laureles calcinados por el rayo pero no marchitos, corceles indómitos, corceles de raza inmortal que golpean con sus cascos impetuosos el bronce de la historia. La única vez que Federico Bermúdez rindió culto a esa clase de poesía, propia de los tiempos inseguros en que los pueblos no han llegado aun a vaciar en auténtico molde civil su alma y sus instituciones, fue para condenar el olvido que rodea el sacrificio de aquellos héroes anónimos que ofrecen a la patria su sangre generosa para que luego la posteridad in'usta amase con ella el pedestal en que ha de alzarse sólo la gloria de algún jefe victorioso:

Vosotros, que con sangre de vuestras propias
(venas,

por defender la patria manchasteis la heredad,
hallasteis en la lucha la muerte y el olvido:
la gloria fue, absoluta, de vuestro capitán.

(A los héroes sin nombre)

Federico Bermúdez soñó ante todo con una patria en que la justicia social imperara desterrando los antagonismos de clase e iniciando a todos los hombres en el culto de la concordia humana. Y fue esa fe iluminada, esa fe inextinguible en el advenimiento de una era de pacificación social, la que mantuvo abierta en su corazón, durante más de veinte años, la dulce herida del canto. Poeta con temple de soldado, puso el don divino al servicio de su liberalismo romántico. El verso, que le fue dócil como el caballo a su jinete, no sólo soportó el peso de su corazón —miel y aroma—, sino también el de su carácter —roble, roca, bronce—: que así condujo él, sobre los frágiles hombros de la Poesía, su doble carga de probidad y de belleza.

En Federico Bermúdez, el artista es inseparable del batallador, del combatiente. Pero no fue el suyo el verbo de batalla de los grandes vates meridionales: de Mameli o de Hugo Fóscolo, que marchaban al combate entonando himnos a la victoria; sino el de los poetas eslavos, hijos de las heladas brumas del Septentrión, cuya voz se levanta sobre el milenarior dolor de las estepas para anunciar, como las viejas trompetas bíblicas, la resurrección de los miserables, de los irredimidos. Por eso sobre su canto, que por lo frágil parecía sólo destinado a servir de asiento a algún pájaro leve, se posan a menudo las garras de un halcón.

Federico Bermúdez reservó la parte más pura y ardiente de su admiración para aquellos varones de pul-

so atlético que en la antigüedad fueron fundidos en molde romano de los buenos tiempos. Antes que la corona apolínea, galardón demasiado frágil y ligero para su áspera frente de elegido, hubiera preferido llevar el pesado casco de hierro del gladiador que asume la defensa del ideal en la arena del mundo.

Federico Bermúdez se vinculó a su tierra hasta el extremo de que sus estrofas brotan como bañadas en las lágrimas que han servido para amasar, en la sucesión de los tiempos, su alma inmutable, su barro impercedero. La patria estuvo siempre para él antes que el arte. El primero de los grandes trágicos griegos, juzgándose también más digno de vivir en la memoria de los hombres por haber defendido a su patria contra la amenaza de los bárbaros que por haber compuesto el "Prometeo" y escrito la "Orestíada", pidió que se recordara sobre la losa de su tumba, como su mejor título a la inmortalidad, su gloria de immaculado ciudadano de Grecia:

"Aquí yace Esquilo que combatió a los bárbaros en Maratón".

JOAQUIN BALAGUER

- (1) *"Los Humildes" es el título de la obra capital de Federico Bermúdez.*
- (2) *"Federico Bermúdez está ya en pleno desarrollo; ha llegado a la virilidad poética y al punto en que toda discusión y reparo ya no tienen nada que decir contra la decidida aptitud". (Carta dirigida por Gastón F. Deligne al poeta Primitivo Herrera, el día 3 de enero de 1913).*
- (3) *El notable novelador dominicano Ramón Marrero Aristy, en las páginas de "Over", la mejor novela que se ha escrito hasta hoy en la República Dominicana, después del "Enriquillo" de Galván, ha pintado, con colores sombríos, las interioridades de esa realidad punzante y angustiosa.*
- (4) *Véase la composición que lleva por epígrafe "Homenaje", en "Los Humildes".*
- (5) *Este aspecto de la obra poética de Federico Bermúdez, ha sido señalado ya, aunque de manera incidental, por el ilustre publicista J. Humberto Ducoudray, quien hace, a propósito de "Oro Virgen", primera obra del gran lírico dominicano, las siguientes afirmaciones: "Yo no podré negar que tengo a Federico Bermúdez por el menos frívolo, por el más vibrante, el más genial, el más completo, en una palabra, de los poetas jóvenes de Santo Domingo". ("La Cuna de América", número correspondiente al 13 de julio de 1913).*



EGO

No soy un peregrino de tierras ignoradas
que riega nueva lluvia y alumbra nuevo sol;
no vengo de progenie de Príncipes Azules;
yo soy un indio triste con algo de español. . .

Enfermo de mi siglo, mas no degenerado,
aliento un alto orgullo por ser de donde soy:
mi tierra es la Hispaniola, que, ubérrima y fecunda,
robó el cariso extremo del genio de Colón.

Poeta, ¿por fortuna...? mi siglo, en el cordaje
de cada lira prende su grave malestar;
el Arte, virtud noble, se muere en el olvido,
el oro santifica y enjoya la maldad...!

Poeta, —joya y humo— de algunos, de muy pocos,
soy gloria y soy grandeza; de muchos... cosa tal!...
Así, por tal estilo, por tal manera y forma,
el Astro que en luz de oro lumbró la oscuridad!...

Ignoro la grandeza de príncipes y duques,
no sé de crisantemas ni dalias del Japón,
alfombras que decoran palacios opulentos,
jamás, ni en sueño acaso, mi humilde planta holló...

No sé de amor en góndolas en noches venecianas
ni de empolvadas testas, ni cosas de otra edad;
¿Princesas? las altivas mujeres de mi tierra:
huyendo voy adrede del mundo artificial!...

Me encantan estas tardes del Trópico, me encantan
las noches silenciosas de mi jovial país,
y su alba, ¡lindo chorro de luz adamantina!;
su campo, ¡qué prodigio!; ¡qué mar y qué cielo aquí! . . .

¡Naturaleza, Madre, bellezas y armonía!,
por sobre tus halagos mi espíritu se está
muriendo (¡cuántas veces!), que bajo tu belleza
el bien es flor de tumba y es flor de vida el mal! . . .

¿Que sufro? ¿Sé yo acaso decirlo? Sobre cada
dolor del ser que sufre mi espíritu sintió:
yo soy como el enfermo jovial de Palestina
soñando en cada llaga la santa curación!

Mi musa se solaza con los menesterosos;
le tengo amor al pueblo; mientras más sufre, más;
mi lira va regando sus vagas armonías
sobre las almas tristes, como una caridad! . . .

que huís de los harapos como de ingente mal;
estáis eternamente sobre mis altos sueños,
en santo anhelo hermoso o en cólera fatal;
miseria: tengo un sueño de luz para tus horas! . . .
La seda enjoya el crimen y el robo es ley social!

Poetas, mis hermanos, el hombre es sobre todo;
pues que la flor del arte tenéis de cultivar,
haced un arte humano y haréis un arte noble;
soñar, mentir, es humo; sed gloria y sed verdad.

Que vuestro canto aliente, que vuestra lira tenga
por siempre entrelazados un dardo y una flor:
sed látigo sin tregua para el orgullo insano
y bálsamo piadoso para el fatal dolor!

Mi verso va de andrajos y tiene horror al oro;
en él virtió mi alma su acíbar y su miel;
la miel del alma casi se ha consumido toda:
a fuer de derramada sobre la ajena hiel! . . .

Así la humana especie; nobleza es oro y raso;
en este siglo de oro se ha muerto la virtud:
compremos con el oro grandezas y blasones;
el justo, compre en tanto su látigo y su cruz! . . .

¡Oh, rubio pan sabroso, virtud del blanco trigo,
manjar que nunca hastías, magnífico manjar,
salud de tanta vida!, ¡oh, pan, yo te bendigo
en nombre del Obrero y en nombre del Mendigo:
acaso para quienes más distanciado estás! . . .

Sobre la gaya alfombra y en las tapicerías
de los aristocráticos salones, ha de ser
cinismo miserioso para el orgullo, y para
la blanca zapatilla de raso, estorbo cruel! . . .

RETOQUES

Vivir, es ir muriendo con lentitud pasmosa!;
La cuna, es el comienzo del lecho funeral!...
no hagamos con el llanto más lóbrega la vida,
busquemos el antídoto para el eterno mal.

No llores, alma triste, levántate y sé fuerte;
si un golpe te derrumba, levántate otra vez,
así, en la lid penosa serás un nuevo Anteo
que bajo el pie del Hércules resulta en el pavés!...

¿Que sufres?; gloria tanta le toca al hombre fuerte;
alégrate, alma buena, rocío es el dolor,
que el alma humana eleva, lo mismo así el impuro
metal se purifica, cautivo en el crisol! . . .

Sufrir es ley eterna; la eterna ley cumplamos;
el llanto es infecundo y el triunfo está en luchar;
contra el alud tremendo de ruinas y miserias,
pongamos la columna de nuestra voluntad! . . .

DEL LAVADERO

Es el patio angosto de la cuartería;
es el corto espacio donde en formación
las mujeres lavan todo el santo día,
bajo la techumbre de una galería
que ni agua escapa ni a la luz del Sol! . . .

Es la fiebre intensa del austero agosto;
el Sol va a fundirse, trepando al zenit;
el jabón fermenta dentro del seno angosto
del balay añejo, cual lo hiciera el mosto
dentro de la cuba do sangró la vid.

Jóvenes mujeres, del deber esclavas,
cumplen afanosas con su gran deber,
y a pesar del astro que vomita lavas,
todas encorvadas, sumisas y bravas,
sudan, lavan, sudan, ¡qué vamos a hacer!

Es la ingente lucha por el cotidiano
blanco pan de trigo para el pobre hogar!
Goce de la blanda siesta el soberano
mientras ellas sudan bajo el meridiano
por la gran conquista del mísero pan! . . .

Vestidas de andrajos, como pordioseras,
con trajes añejos que probando están
con las numerosas trizas volanderas,
flameantes al aire (como las banderas
cuando gironadas) que no pueden más.

¿Son las elegidas, las desheredadas;
qué otra cosa esperan del querer de Dios?

Por la noche rezan todo resignadas,
y si el gallo canta por las madrugadas,
miran, las conformes, todas encorvadas,
que hace ya un momento fermentó el jabón!...

Y el bregar comienza con los resplandores
del fulgor primero del orto del sol;
y haya malos días y haya días peores;
que por sobre penas, fiebres y dolores,
el pan no se ablanda si falta el sudor!...

Y en el corto espacio de la cuartería,
ni una sola frase de inconformidad:
risas y palabras llenas de alegría,
desde que con ellas se despierta el día,
hasta los comienzos de la oscuridad.

Rostros satisfechos, boca sonreída,
frentes inclinadas, ceño natural:
¡cuánta mansedumbre bajo tanta herida!

chistes, cantos, risas: himnos a la vida,
bajo tanta pena, bajo tanto mal! . . .

Sus manos expertas, cuánta pieza fina
para las "señoras" lavan sin cesar;
enaguas de seda, rica muselina;
género elegante que llegó de China,
cuyo importe alcanza para un mes de pan!

Rica vestimenta de la gran señora
que derrocha perlas en superfluo ajuar,
que en el rico alcázar la virtud ignora;
y la mano esquiva de la lavadora
que el honor no ostenta sobre el anular.

Cuándo podrán ellas, las desheredadas,
adornar su cuerpo con un lujo tal;
ellas que sumisas, todas encorvadas
cantan con el gallo por las madrugadas
y a sudar comienzan al primer cantar . . .

Tanta vida noble, tal virtud austera,
tanto buen ejemplo de resignación,
¿no tendrá su pago? quiera que no quiera
que la tenga, el cielo, cada lavandera,
ruega sólo al cielo que haya un bravo Sol;

que al señor agrade su trabajo amigo,
que a la ropa blanca no haya qué pedir;
lo demás, no importa. . . que haya pan y abrigo,
que no falte lumbre, que no falte trigo;
lumbre, para el rancho; pan, al chiquitín! . . .

DEL YUNQUE

Menos viejo que finge y parece
por lo enjuto del cutis enteco
y la ojiva que traza su curva
en su espalda, de forma de cerro,
que combaran, lo bajo del yunque
y lo duro y tenaz de los hierros.

El sufrido, paciente y sumiso
cotidiano vecino del fuego,
que en la diurna conquista del trigo
o del trapo que cubra su cuerpo,
con el duro martillo en la mano
cada día fatiga los hierros.

Sin desear nunca más de lo estricto
ni aspirar lo impreciso o superfluo,
hace vida de austero cristiano,
y si el vicio ha minado su pecho,
no ha pasado de un sorbo de pipa
o una dosis de té de cafeto.

Cala blusa de género burdo,
y a pesar de lo burdo del género,
en los días de fiesta y descanso
(para él muy contados por cierto,
porque es raro el momento de calma
que no escuche del fuelle el resuello),
es su orgullo pasear por las calles
con su triste vestuario de Obrero.

Para dar una tregua al cansancio
que el trabajo da al alma y al cuerpo,
puso Dios en el páramo triste
de la vida del rústico Obrero,

junto a un ángel que es todo cariño,
cuatro o seis boquirrubios traviosos. . .

El conquista la lumbre y el trigo
agobiando el metal junto al fuego,
mientras ella, conforme y sumisa,
santifica el hogar con el rezo,
si es que cesa el deber de la plancha
y no falta al vestido el remiendo. . .

Con la aurora él madruga y se alista
y conforme, jovial y contento,
echa el negro carbón a la fragua,
y entre el humo, el bochorno y el fuego,
con la pipa encendida en la boca
y en la testa la gorra de lienzo,
sin descanso fatiga el martillo
hasta el Sol ya al final de los cielos! . . .

¿Y la siesta? . . . qué pobre la goza!
para un pan con honor es el tiempo

siempre escaso; disfrute la siesta
el que vive entre mimbres y cedros
y no ha de la fuerza del músculo
porque vive del músculo ajeno;
El mantenga la trémula llama
mientras haya de Sol un reflejo,
que no es corta, si honrada, la lucha,
para un mísero pan de centeno. . .

Algo grave interesa y preocupa
toda el alma del rústico Obrero;
ya los años van siendo no escasos
y la vida presente su término;
si no ha sido posible la holgura
a pesar de su ardiente desvelo,
y el amor y el deber piden juntos
un hogar para madre y chicuelos,
hay que hacer más enorme la lucha
y más fuerte el castigo del cuerpo;

hay que hacer más extensos los días
y más cortas las horas del sueño! . . .

Un hogar a trabajo! . . . heroísmo! . . .

noble y rara virtud del esfuerzo! . . .

es preciso el sudor de mil días

y una firme constancia sin término,

y hasta hacer productivo el ahorro

limitando tal vez el sustento! . . .

Qué de amargos y crueles dolores! . . .

cuán difícil y duro el intento!

que el trabajo en producto se acorta,

y es preciso aumentar el esfuerzo;

vengan noches de crueles vigiliass,

y después de vigilia y tormentos

¿el ahorro? ¡qué escaso! es preciso

cien ahorros iguales; ¡al hierro!

Aún resiste y resuella la fragua,
y sufrido, conforme y contento,
con la pipa encendida en la boca
y en la testa la gorra de lienzo,
sin descanso fatiga el martillo
entre el humo, el bochorno y el fuego! . . .

SE MURIO EL AVARO

Se murió el avaro, y en la estancia oscura
donde yace el cuerpo sobre el tosco alambre
de una cama pobre, alguien asegura
que el avaro triste se murió de hambre!...

Una pobre vieja misericordiosa,
presa de congojas y crueles martirios,
a todos advierte, triste y pesarosa,
que hace falta incienso y hacen falta cirios.

Todos los curiosos se van alejando
de la pobre vieja, mientras va quedando
el avaro a oscuras y sin oración.

Cuando al otro día fueron a enterrarlo
cuatro pordioseros, todos al mirarlo
pasar, sonreían de satisfacción! . . .

DEL ARADO

Van los tardos bueyes, paso sobre paso,
bajo los ardores del ardiente sol. . .

van por la llanura cuyo campo raso
hace tiempo huellan, paso sobre paso,
a la voz "amiga" de su conductor.

Van a la frescura del abrevadero
todos angustiosos; presas de la sed
han arado el campo medio día entero,
y del sol de agosto bajo el gran brasero,
marchan a las aguas del abrevadero
a aliviar el fuego del bochorno cruel! . . .

¡Vaya un sol quemante; cómo da en la testa
y en el amplio lomo del paciente buey,
del que no descansa porque no protesta,
del que siempre lleva sobre lomo y testa
la gran pesadumbre de la eterna ley!

Débiles los miembros, las fauces jadeantes,
marchan lentamente como en precesión,
los enormes cuerpos casi vacilantes,
queriendo rendirse, tristes y jadeantes,
en la escasa alfombra del seco pajón.

Con sus grandes ojos, mansos y conformes,
del camino miran al linde final,
la enfilada tropa de árboles enormes,
donde fatigados, mansos y conformes
gozarán un rato de tranquilidad.

¡Qué gigante lucha de este medio día!

¡Cuántas desazones! ¡Vaya un bravo arar!

Para abrir el surco, ¡qué triste agonía! . . .
¡Y aún están los músculos para medio día
que el arado espera para trabajar!

Aún los troncos firmes de las firmes astas
sentirán el yugo largas horas más;
y halando el arado por las tierras vastas,
conquistando fuerzas alzarán las astas
al ¡oh de los bueyes! de su capataz.

Darles grandes fuerzas al Señor le plugo,
músculos de acero, bríos de titán,
y aunque desfallezcan bajo el recio yugo,
son los elegidos y al Señor le plugo
darles una vida para trabajar.

Si no dan sus fuerzas para esas fatigas,
¿qué se harán los sueños del cultivador
que ha soñado un campo de rubias espigas?
si no dan sus fuerzas para esas fatigas,

¿quién limpia la tierra de cardos y ortigas,
para los milagros de la producción?...

Si lo quiere el amo para sus riquezas
y lo exige el látigo del "buen conductor",
es indispensable preparar las fuerzas,
resistir el yugo sobre las cabezas,
dando al amo frutos para sus riquezas,
recibiendo en cambio su agua y su pajón!...

¿Y a qué más alto anhelo? ¿no está remunerado,
su amargo sufrimiento, su eterno trabajar?;
en cambio de las horas eternas del arado,
¿no están una miseria de tiempo en el cercado,
mientras el amo apura su vino y su manjar?...

Descansarán ahora, por término marcado,
y luego a la faena penosa volverán!...

Volverán los bueyes, paso sobre paso,
bajo los ardores del ardiente sol,
por la gran llanura cuyo campo raso,
hace tiempo huellan, paso sobre paso,
a la voz "amiga" de su conductor! . . .

DEL ESTERCOLERO

El hambre, con su rostro demacrado,
que una vez que castiga, no perdona
mientras queda incumplido su mandato,
se adueñó de su mesa y de su choza.

Luchó, como esforzada, por vencerla,
y en la brega incansable y afanosa,
cayó, toda rendida, en la contienda,
desorientada, sin amparo, sola!...

Frágil esquife que al azar se lanza,
sin rumbo cierto, por la mar ignota,
en el abismo de la mar, perdido,
caerá al empuje de la ardiente ola! . . .

Hija infeliz de la infernal miseria,
huérfana triste en la primera aurora,
en el ampo primero de la vida
sintió el fracaso de las alas rotas! . . .

Como nómada errante, pordiosera
a quien el hambre con su horror acosa,
buscó la caridad de puerta en puerta,
sin poderla encontrar en una sola! . . .

Atrayente, a pesar de la miseria,
hasta entonces impoluta y milagrosa,
conservó la atracción de la belleza
que aviva el fuego de las ansias locas.

Y aunque indemne el cristal de la conciencia
la escudó contra el mal y la deshonra
y bajo la ríida vestimenta
vivía la doncella pudorosa;

volaron a su oído mil promesas,
y donde sollozó por la limosna,
hubo un cruel apetito que la hiciera
vacilar entre el hambre y la deshonra! . . .

La sociedad menguada y siempre artera,
esclava a la mentira y a la forma,
negó toda virtud a la harapienta
y toda caridad a la andrajosa! . . .

De la necesidad la voz tremenda,
(ya que el bien le negó la fruta óptima)
le habló del mal, y la tenaz conseja
hizo estrago en el alma virtuosa! . . .

Y flor que la furiosa ventolera
llevó del negro abismo a la amplia sombra;
de los brazos del vicio fácil presa,
se hundió en la charca y se bañó en su ola! . . .

Hoy la mano que ayer, dócil y trémula,
en vano reclamara una limosna
enflaquecida y pálida y enferma
del vicio esgrime la nefanda copa.

La negra copa del placer esgrime
la mano a quien negaran la limosna,
y la cruel sociedad repudia el crimen
de la triste y hambrienta pecadora! . . .

¡Oh! Cristo, buen rabí, vuelve a la tierra,
señala la virtud, muestra el pecado,
ordena, como ayer con Magdalena,
que una sola no más, de tantas manos
lance a la triste la primera piedra:
y ni una sola cumplirá el mandato! . . .

SIMBOLO

Aquel viejo enigmático y sereno,
de tristes palideces marfilinas
y mirada de triste Nazareno,
echóse a descansar bajo las ruinas.

Y bajo el gran silencio vespertino,
tras un largo suspiro y un bostezo,
cerraronse del sueño al hondo beso
sus ojos de cansado peregrino. . .

Cuando la tarde huyó, triste y doliente,
con la noche se entró por el oriente
la luna, y al verter sus argentadas

claridades silentes en las ruinas,
bañó con sus miradas argentinas
dos míseras grandezas olvidadas! . . .

A LOS HEROES SIN NOMBRE

Vosotros, los humildes, los del montón salidos,
heróicos defensores de vuestra libertad,
que en el desfiladero o en la llanura agreste
cumplisteis la orden brava de vuestro Capitán;

Vosotros, que con sangre de vuestras propias venas,
por defender la patria manchasteis la heredad,
hallasteis en la lucha la muerte y el olvido:
la gloria fue, absoluta, de vuestro Capitán.

Cuando el cortante acero del enemigo bando
cebió su furia sobre de vuestra humanidad,
y fuisteis el propicio legado de la tumba
sin una cruz piadosa ni un ramo funeral,
también a vuestros nombres cubrió el eterno olvido:
¡tan solo se oyó el nombre de vuestro Capitán!...

Y ya cuando a la cumbre de la soñada gloria
subió la patria ilustre que fue vuestro ideal,
en áureos caracteres, la historia un homenaje
rindió a la espada heroica de vuestro Capitán.

Dormidos a la sombra del árbol del olvido,
quién sabe en donde el resto de vuestro ser está!
vosotros los humildes, los del montón salidos,
sois parias, en la liza con sangre fecundáis
el árbol de la fama que da las verdes hojas
para adornar la frente de vuestro Capitán!...

EL VIOLIN DEL MENDIGO

En sus manos llora como un niño hambriento,
como un niño pobre que pidiera pan,
el cordaje antiguo del viejo instrumento
con que implora el beso de la caridad.

Es un viejecito de barba copiosa,
de copiosa barba color de marfil,
que perdió los hijos y perdió la esposa
y hoy va por la vida con voz temblorosa
cantando sus penas al son del violín. . .

Y el violín solloza, suspira, se queja,
y hasta cuando entona cántico vivaz,
el violín solloza y en el alma deja
la caricia intensa de algún malestar...

Es el más querido de los limosneros,
por oírlo, todos le hacen caridad,
si el violín ensaya cantos lastimeros,
¿quién niega al mendigo la lumbre y el pan?...

Señor, mientras tenga fuerzas el mendigo,
mientras tenga alientos para resistir,
aunque solitario, dejale su amigo:
¡qué será si al triste le falta el violín!...

¿Quién viste y protege su cuerpo tan magro,
quién presta calzados al pálido pié!...
Si el violín se calla: ¿quién hace el milagro
de hacer menos dura su dura vejez?...

Atesta al avaro sus arcas de oro,
ciñe de laureles al conquistador,
a la dama altiva del traje sonoro
dale la más fina seda del Japón;

Dale regio alcázar de rica ornamenta
al señor augusto, del oro señor;
del burgués inútil mayor haz la renta,
de la torpe usura colma la ambición. . .

Y al mendigo triste, pálido y hambriento,
de copiosa barba color de marfil;
¡Señor! que no pierda su viejo instrumento! . .
que muera primero que el triste violín! . . .

MISERIA

Oye, avaro hambriento, que amas la vigilia
porque así el tesoro puedes custodiar;
monstruo de ojos hechos a mirar visiones
detrás de los hierros del arca infernal! . . .

Caja enflaquecida de carnes llagasas,
que encierras un alma que odia Satán;
sapo horripilante, reptil nauseabundo
que adoras la cresa de tu lodazal!

Cierra bien la entrada de tu cueva oscura,
no hagas luz adentro, que a la claridad
se entrará el fantasma de tu propia sombra,
dentro la caverna donde está el caudal!

No oigas si a tu puerta llama el pordiosero;
guarda tus monedas, cómete tu pan;
guarda tus harapos cuando ya podridos
caigan de tu cuerpo, pobre Barrabás!

Deja que el desnudo muera a la intemperie,
deja que el hambriento muera sin comer;
no dejes que nadie se manche las manos
con tus propiedades, y habrás hecho bien!

Si el prójimo sufre no es tuya la culpa,
el tiempo no pierdas en la caridad;
no duermas, ahorra tus horas nocturnas
que las ratas pueden comerte tu pan!

Huye del contacto de tus semejantes,
cierra tu caverna para la amistad;
vive entre las sombras tu misantropía
sin cuidarte mucho de la soledad!

El silencio engendra duendes y fantasmas
que robarte pueden algo del caudal;
cuenta con cuidado tu montón de oro,
cuéntalo mil veces, vuélvelo a contar!

Monstruo de ojos hechos a mirar visiones
detrás de los hierros del arca infernal;
no oigas si a tu puerta llama el pordiosero,
guarda tus monedas, cómete tu pan!...

EL MENDIGO

Curvado sobre el báculo piadoso
en que se apoya la convulsa diestra
y ampara el natural desequilibrio
del cuerpo, que al andar se bambolea
como una vieja barca que las olas
empujan y atropellan. . .

bajo la bruma del invierno airado
y con el fardo del dolor a cuestras,
va el mendigo al azar, porque sus ojos,
donde se fija la visión apenas,
acaso ven un bulto en cada cosa
que se perfila por la triste senda! . . .

Hastiado de la brega acostumbrada,
cansado de mirar cerradas puertas,
va sin rumbo, cual náufrago que sigue
resignado a favor de la tormenta,
el lóbrego sendero que el destino
marca a su vida por la mar inmensa!...

Quién sabe en qué recodo del camino,
dejando el fardo de sus hondas penas,
solitario, sin lágrimas que mojen
su amarillenta y triste cabellera,
exhalará su postrimer suspiro
sobre un jirón de la negruzca tierra!...

¿Es la triste oración de cada día
que agita su ala trémula?
¿la desesperación de tanto olvido,
que modula en silencio una protesta,
lo que haciendo temblar convulsamente

la enjuta boca de marfil exenta,
hace girar los ojos del mendigo
en el seno brumoso de sus cuencas?
es el hambre, que atroz su garra finca
en la carne del triste y la atropella! . . .

Cuántas veces el labio tembloroso,
el labio devorado por la anemia,
en el nombre de Dios ha suplicado
de todo lo que sobra, una miseria! . . .

Si no fueran dos fuentes cuyos cauces
ha tiempo que secara la indigencia,
sus ojos: ¡cuántas lágrimas lloraran!;
sus labios: ¡cuántas lágrimas bebieran! . . .

Viajero por los mares de la vida,
en busca sabe Dios de qué risueñas
playas de promisión, con fe robusta

y de blanca ilusión el alma llena,
se dio al embate de la hirviente ola
soñando en cada tumbo una promesa . . .

Pero así como el ave que su nido
busca en la noche tormentosa y negra,
y al fiero empuje del turbión airado
llega del bosque a la confusa breña,
ajeno el pico a la gallarda nota,
perdido el rumbo y con las alas yertas;
ya lejos de la orilla,
seno adentro del mar de la existencia,
se halló, toda ilusión hecha cadáver,
en los escombros de su fe ya muerta! . . .

Y allá va, pensativo y taciturno,
trepando del dolor la dura cuesta,
como un fantasma tétrico y sombrío,
engendro del dolor y la miseria! . . .

Quién sabe qué mordaz filosofía
al ánimo del mísero atropella;
cuando el dolor agrede y nos maltrata,
cuando la realidad toca a las puertas,
¡hasta Dios, como un ídolo inseguro,
se derrumba del alma y de la idea!...

Siguió del bien la luminosa vía,
y puesta siempre en Dios su ánimo austera,
vivió soñando amor como un cristiano,
en la tranquilidad de la conciencia!...

¿Qué fue de tanto bien como soñara?
y Dios ¿en dónde está, que torvo niega
un jergón para el cuerpo macilento,
y un mendrugo de pan? y la conciencia,
¿en dónde está también?... ¡oh negro arcano
que ofuscando la pobre y vana idea
alimentas la fe ciega y cobarde

con los licores de la duda acerba! . . .

¡Mentida Caridad, por el mendigo,

un milagro de amor sobre la tierra! . . .

¿Morirá como el réprobo insensato,

sin que a la hora trágica y suprema

en que el soplo divino se desliga

de la vulgaridad de la materia,

ni un labio ruegue por la paz del alma

ni un cirio alumbre con su llama trémula! . . .

Así tendrá que ser, querencia humana,

que todo lo avalora, mide y precia:

cuando baja al sepulcro solitario

un hijo del dolor y la miseria,

no hay el honor del oro de los cirios,

ni el incienso aromático se quema,

ni reza el labio trémulo del cura,

ni la campana de la ermita suena! . . .

EL HUERFANO

A Elvira.

Apenas desligado de la cuna;
del jugo maternal húmedo el labio;
cuando se llora porque el llanto es una
ofrenda inevitable que heredamos,
apenas de la entraña desprendidos
nos miente caridad el primer ampo!...

Cuando aún el labio, a la palabra ajeno,
tan solo balbucir sabe el milagro
del amable disílabo amoroso
que es el más dulce del lenguaje humano!...

En ese instante celestial y puro
en que sólo preocupa nuestro ánimo,
(reclamo natural) el lácteo jugo,
o el misterio, profundo a nuestros años,
que impone movimientos al fetiche
que es víctima después de nuestras manos;

En ese amable instante de la vida
en que es tan dulce el maternal halago;
cuando el labio amoroso que nos besa
con absoluto amor en nuestros labios,
ruega a Dios y a los cielos porque toda
la caricia de Dios sea nuestro amparo;
ajeno a su desgracia prematura,
a su dolor temprano,
el ósculo postrer sintió en su frente,
de la que es una y sin igual... mandato
del capricho de Dios, que al tierno fruto
a veces, por incógnito milagro,

desliga de la rama protectora
que da el fecundo jugo necesario! . . .

¡Oh! si pudiera vislumbrar el negro
camino de dolor acerbo y amplio
que, enderezando el índice de sombras
le señala el destino soberano! . . .

Si ojos tuviera para ver . . . ¡qué triste,
qué tétrico espectáculo
viera surgir del fondo del abismo
que le reserva el porvenir lejano! . . .

Sobre un mar de revueltos oleajes,
que agita el huracán hirviente y bravo,
el bajel de la vida dando tumbos,
y de la vida en el bajel, un naufrago
que lucha por ganar la playa amiga
ya presto a perecer, y lucha en vano,

sin una mano, ni una voz siquiera
"que atiendan a su férvido reclamo"!...

Una mano piadosa, de Dios hija,
¿tal vez por caridad? (amor de humanos,
—¡bendito el maternal!— lleva en el fondo
de su mentido halago,
como esencia del alma que lo rige
siempre el vil interés innecesario,
ya el pago que tributa el socorrido,
ya el tributo de Dios); piadosa mano
viendo el fruto caer en el camino
fangoso y solitario,
abrióse ¿a la piedad? y con empeño,
lo puso a protección dándole amparo.

Entró al ajeno hogar; advenedizo
que, por decreto del destino acaso,
llevó la suerte a guarecer un día

bajo la sombra del ajeno árbol;
polluelo que la suerte veleidosa
arrebata al amor materno y blando
y lleva al seno del nidal ajeno
en pos de caridad; no el dulce y casto
amor de siempre y sin igual cariño
inmenso y siempre igual como el espacio,
arrullará las horas de su vida
para hacerlo feliz en su regazo! . . .

¿Qué fue del eco celestial y dulce
de aquella voz de ritmos ignorados
que en las pasadas horas de ventura,
ya en el tórrido abismo del pasado,
cariciara sus sueños inocentes
con la magia infinita de sus cánticos? . . .

¿En dónde está la mano cariñosa,
que imprimiendo a la cuna el ritmo blando,

bañó la sombra de la noche oscura
y alumbró de la aurora el primer rayo?...
¡Hay vidas que al nacer lleva el destino,
a las tinieblas del profundo arcano!...

Mientras pasaban las primeras horas,
mientras pasaban los primeros años,
y el brote iba tornándose en el fruto,
y el pichón de ala implume iba tomando
aptitud para el vuelo; fue corriente
la limosna espontánea del halago,
y hubo caricias para el niño pobre,
para el triste y doliente solitario!...

El tiempo, ese incansable peregrino
que va a la eternidad lento y callado,
pasó sobre el suceso como pasa
la sombra de una nube sobre el náufrago.

¿Y la felicidad?, murió con Ella,
y con Ella también murió el encanto;
la vida fue bajel en mar sin fondo,
a plena noche y sin distante faro.

¡Oh! dulce amor divino,
cariño celestial, divino y casto,
que perdido una vez, sobre la vida
se desploma el dolor triste y amargo.

Es alta noche y atrevido invierno;
en los pobres hogares desolados
por la miseria, con amor prolijo
con solícito afán nunca igualado,
al fruto de su amor da cariñoso
el seno maternal calor y amparo.

Una lluvia menuda, tarda y fría,
humedece el sendero solitario,

y turbando el silencio de la noche
un eco de dolor cruza el espacio.

Cuando el Sol, agobiando las tinieblas,
surgió majestuoso, dibujando
un paisaje de vívidos matices
sobre el oriente pálido,
bañó la lumbre del naciente día
en su amatista vago,
un rostro enflaquecido
y un débil cuerpo magro
tendido sobre el mármol de una acera,
bajo un montón de harapos.

Y EL MAESTRO DIJO,

Habrás de ser tú mismo sin mímicas teatrales;
ni afán de nuevas formas ni de arte raro, afán;
darás al pensamiento potencias cerebrales
realzando la belleza con la sinceridad.

De exóticas maneras huirás; como un arroyo
recorrerás triunfante tu curso natural;
no harás de ajenas formas; tu propio desarrollo
dará tu forma propia, tu modo de pensar.

La luz te vio en un punto del pródigo Universo;
en él está un paisaje que está latente en ti;
tu médula bien puede vaciarlo sobre el verso;
tu verso será grande sintiéndolo latir.

El arte es una eterna palpitación de vida;
Poeta es el que piensa de modo musical;
Poeta que no escucha su música, se olvida
de su preclara ciencia: la ciencia de crear.

Crearás cuando interpretes a la Naturaleza,
sintiendola en ti mismo vivir y palpar;
Natura en su gran útero fecunda la belleza
observala en ti mismo y la interpretarás.

Lo bello no se aviene con vaga futilidad;
tan solo el Poeta existe si existe el pensador;
si el corazón te late frente a la gran belleza,
recurre al pensamiento, que el pensamiento es Dios!

Los grandes elegidos de todas las edades:
Budas, Jesús, Mahoma, Copérnico, Servet;
eximios delatores de todas las verdades,
Poetas fueron, altos Poetas —dignidades:
los unos de la ciencia, los otros de la fe.

Sobre la edad se cierne fuerte positivismo;
lo práctico se impone, se aclama la verdad;
enasta la bandera del férvido humanismo
sobre el altar sagrado del templo de la edad.

Serás el sacerdote del gran templo, Poeta;
verdad, será tu hostia; tu vino, la verdad;
tu credo, será el credo del sabio y del Profeta;
tu dios; será la idea magnífica y triunfal.

Así darás al verso su sacra jerarquía,
así será tu canto fecundo y promisor,
y escucharán los tiempos tu voz sagrada y pía,
como la voz fecunda del genio pensador.

El arte por el arte, baldón es de tu fama;
te debes el cerebro, pensar es tu deber;
soldado de la idea, la ciencia te reclama,
tu mano inquiera el estro fecundo del saber.

ANTE UN CADAVER

"Morir... dormir... tal vez soñar!..."

El músculo en tensión, rígido y yerto.

Con ojos de filósofo me fijo,
como en un cabalístico acertijo,
en el gesto enigmático del muerto.

El párpado anemiado y entrecabierto
como una insinuación, muestra y delata
un jirón de pupila que desata
un fulgor palidísimo e incierto...

Hurdiendo un enredijo, en lazo estrecho
descansan sobre el flaco inmóvil pecho
las manos cadavéricas y duras,

cual si hubiesen querido, en la agonía,
detener la existencia todavía
encerrada en sus vanas envolturas!...

La víscera mejor, la que se esconde
en la cárcel del tórax, no responde
a la ley natural del movimiento;

y el cerebro, crisol que abona y crea
el germen fecundante de la idea,
no enciende el luminar del pensamiento.

Ante la realidad del espectáculo,
a la investigación surge el obstáculo
que opone el valladar del pesimismo;

ir.quiero, conjeturo, me confundo
y pienso que es mejor mover el mundo
que bajar hasta el fondo del abismo! . . .

¿Palpar la realidad, hurgar razones
frente al eterno enigma? ;sueño vano!,
quimera de cien mil generaciones
perdidas en el seno del arcano! . . .

No obstante, forcejeando me revelo;
la duda, la ansiedad, el hondo velo
subleban la ambición, ley de la vida,
y aferrado a la cumbre de mi anhelo,
en brusca sacudida,
ya que sólo el secreto es de la muerte,
la incógnita presumo y de repente
me invade la locura del suicida! . . .

OFRENDA

Al insigne poeta Gastón F. Deline.

Salud, oh grande Homérica! oh amado y gran Maestro!
por el poder divino de tu fecundo estro
la Gloria te consagra; tu nombre, como el Sol,
traspone la eminencia de las excelsas cumbres
y va, serenamente, desparramando lumbres
en alas de la fama, sublime y triunfador...!

Sobre la fuerte grupa de tu gentil Pegaso,
la cumbre has dominado del lírico Parnaso,
y, en tu gigantemente magnífica ascensión,
las trompas de la Fama tu nombre pregonaron
y las gloriosas Musas tu frente coronaron
con el laurel eterno de la consagración.

Liróforo sublime! tu lira policorde,
que sabe todo ritmo, que dice todo acorde,
y dice acorde y ritmo con majestad triunfal,
ya en notas que simulen las voces del torrente
o en vibraciones áureas de placidez de fuente:
domina el himno regio y el blando madrigal...!

Tu canto, el canto copia de la naturaleza,
tal es por rico y vario, tal es por la riqueza
de ritmos que atesoran en rara concreción,
estrépitos de mares y cánticos de ondas,
rumor de viento en furias y placidez de frondas,
y todo en un misterio de nueva orquestación...!

En tu instrumento lírico, prodigio de rumores,
tu voz es ya el gran himno de todos los amores,
o ya la voz tremenda del himno aterrador...!
Por eso hay en tu verso, de olímpica entereza,
alguna rosa para la mágica belleza,
o el dardo hiriente y grave del gesto acusador...!

Tu numen jamás siente cansancio o pesadumbre,
y en su gigante vuelo domina toda cumbre,
y en cada cumbre vierte fecundidad de sol...!
y grande en el ensueño y en el saber gigante,
eres, a un tiempo mismo liróforo brillante,
el soñador sublime y el fuerte pensador...!

Salud, oh grande Homérida! oh amado y gran Maestro!
por el poder divino de tu fecundo estro
la Gloria te consagra; tu nombre, como el Sol,
transpone la eminencia de las excelsas cumbres,
y va, serenamente, desparramando lumbres
en alas de la fama, sublime y triunfador...!

LA FLOR DE LA CAÑA

De la dulce cosecha delatores,
en los feraces prados
que aún sin ser sabiamente cultivados,
a perenne verdor suman sus flores;

nuncios de una labor que paz abona,
sus pendones heráldicos levanta
la prolífica planta
que es esplendor y gala de esta zona.

Realidad de entrevistas ideales,
que siendo actividad suman sosiego,
sin más que el natural fecundo riego
se muestran a los ojos del labriego
los campos florecidos
de los cañaverales.

Ya los verdosos cálamos, henchidos
como robusta y fecunda hembra,
de dulcísima miel robustecidos,
coronados de tirsos florecidos,
a máximo esplendor llevan la siembra...

Y en la vasta llanura esmeraldina
que el franco soplo de la brisa baña,
la casta flor divina
ondea su plumón sobre la caña
como un ligero copo de neblina.

El campo es un primor; del feraz monte
de apretadas gramíneas,
hasta las verdes y lejanas líneas
que marcan a la siembra un horizonte,
no hay mayor extensión en que, sencilla,
no luzca alguna flor encantadora

la blanca maravilla
que es gala de la siembra promisoro. . .

Y así como al fulgor del claro día
la blanca flor de seda
derrama su romántica poesía
realzando las gramíneas abundantes;
en las noches azules y brillantes
graciosamente aduna,
salpicada de pálidos diamantes,
al verde montaraz blancor de luna. . .

La gran naturaleza,
que como artista inteligente, abona
a suma utilidad mayor belleza;
al fruto que es orgullo de esta zona
en donde multiplica su riqueza
que bienestar pregonar,
le puso por corona

un penacho de flor, evocativo,
cuya vaga blancura
hace admirar a un tiempo la hermosura
y la fuente de bienes del cultivo. . .

Y mientras en la paz de los alcores
o en la dulce quietud de los vergeles,
elaboran esencias y colores
rosas y lirios; pregonando mieles
su airoso pabellón el aire enhiesta,
con ser la más modesta,
la más interesante de las flores. . .

Y no está allí para después, triunfante,
lucir sobre el turgente y palpitante
seno de alguna dama distinguida,
sino para vivir un breve instante
sobre el seno fecundo y abundante
que ha de brindar un manantial de vida.

Que no del surco en que vivió cautiva
la simiente fecunda,
surgió la casta flor evocativa
para la ostentación de su belleza,
sino para evocar la fuerza viva
de que surge prolífica y activa
promisora de bienes, la riqueza.

Contéplala el labriego delirante
con mirada afanosa,
y piensa, sin crueldad, que del cortante
acero cegador la acción constante
reclama la gramínea prodigiosa,
ya que es verdad y fama
que menos miel derrama
llegando a plenitud la flor hermosa.

Tal piensa el buen labriego, y afanoso,
sin tregua ni reposo

convoca la cohorte
que en la fuerte labor el pan conquista,
y a la voz de un silbato y a la vista
de un pálido alborear, comienza el corte.

E interesado en la fecunda brega,
endulza el cortador el arma amiga
con que la planta siega,
a tiempo que la caña se doblega
flameando al aire la delgada espiga.

Y finge el descender de los pendones,
con sus blancas espigas volanderas,
un desfile de astas y banderas
cayendo prisioneras
en manos de enemigos escuadrones.

Que así, en substancia, la labor comienza
en la fecunda siembra florecida:

con la muerte fatal de la belleza
por la belleza eterna de la vida.

Y en tanto que los cálamos, henchidos
de la dorada miel, ya desprendidos
de sus preciosos tirsos, encamina
el carro conductor a la molienda;
del campo de la hacienda
sobre un tapiz de pálida verdura
que el sol potente arruina,
la casta flor divina
blanquea la vastísima llanura
como un ligero manto de neblina...

DESOLACION

Y fue mi anochecer en pleno día
y el dolor, con su mano despiadada,
partió mi corazón como una espada
ahogando la ilusión en la sangría . . .

Y perdí la noción de la armonía,
y hasta mi firme anhelo de belleza
cayó desorientado en la tristeza
de la noche sin luz de mi agonía . . .!



Al resto de mi fe pedí su egida,
y a la voz suplicante de la vida
permaneció la fe impasible y muda;

y de la fe impasible al torpe agravio,
derramó su veneno sobre el labio
la copa aterradora de la duda...!

PURPURA

Al modo de Baudelaire.

En el aire, perfumas; en la sombra, iluminas,
maga ardiente, con ojos de pupilas de sol:
ojos amplios y negros donde fulge y se agita
todo el fuego del astro de tu ardiente región...!

Tu sonrisa despierta todo anhelo dormido,
porque el rictus glorioso de tu labio de flor
donde a un tiempo se agitan la pasión y el ensueño,
guarda encantos de lunas y secretos de sol...!

Y la regia cascada de tus brunos cabellos
que en tus hombros derraman la divina ilusión
del millón de diamantes, engarzado en sus hebras
por la gracia infinita de un capricho de Dios...!

Y tu cabello de mármol, y tus brazos de mármol,
y tus flancos volubles que insinuándose van
bajo el amplio misterio de tus faldas sonantes,
que despiertan el genio de un anhelo infernal...!

Todo, en fin, siendo algo de tu extraña belleza,
maga ardiente con ojos de pupilas de sol,
causa rojas locuras a la bestia maldita
que extrangula en el alma toda blanca ilusión...!

Eres bella y seduces, y el espíritu sueña
cuando mira tus ojos, y a tus ojos se va...!
pero es luz que lo embriaga y al beber en tus ojos
se retuerce angustioso y en tus faldas se cae...

y en el amplio misterio de tus faldas sonantes,
¡oh! sirena encantada, monstruo bello y gentil!
no hay sentir para el alma, que en la red de tus faldas
acaricia la sierpe del humano sentir...!

¡Oh! belleza... ¡oh! prodigio de la humana belleza
que me has hecho inconstante con el bello ideal
de mis sueños azules, porque, maga o sirena,
resistir no he podido tu canción infernal...!

Aunque aspiro a tus brazos, yo tus brazos maldigo,
y a vengar el ultraje de tu rara traición,
va este verso, flor roja, cuyo cáliz acendra
el aroma incitante de un veneno traidor...!

Lo acercara yo mismo junto al rojo encendido
de tu boca divina con anhelo fatal,
para ver cómo al tiempo de aspirar el perfume,
se retuerce angustiada tu escultura infernal...!

HOMENAJE

Hagamos con las flores de todas las tristezas
una corona fúnebre, y, en peregrinación,
vayamos lentamente, como almas taciturnas,
hacia la tumba triste del más triste varón!

Doblemos la rodilla junto a la vieja losa
que guarda los despojos del gran creador de luz,
y cual votiva ofrenda de nuestros corazones
colguemos la corona del brazo de la cruz!

Sintamos duelo sobre las almas afligidas
y alzando una plegaria de amor por el que fue,
reguemos con mil lágrima las flores del sepulcro:
roguemos por el alma de CARLOS BAUDELAIRE!

INDICE

Federico Bermúdez, por Joaquín Balaguer	7
Ego	31
Retoques	36
Del lavadero	38
Del yunque	43
Se murió el avaro	49
Del arado	51
Del estercolero	56
Símbolo	60
A los héroes sin nombre	62

El violín del mendigo	64
Miseria	67
El mendigo	70
El huérfano	76
Y el Maestro dijo. . .	84
Ante un cadáver	87
Ofrenda	91
La flor le la caña	94
Desolación	101
Púrpura	103
Homenaje	106

Este libro se terminó de imprimir el 30 de abril del año mil novecientos sesenta y ocho, en la imprenta Amigo del Hogar, en Santiago de los Caballeros, República Dominicana. La edición estuvo al cuidado de Héctor Incháustegui Cabral e Iván García.

FEDERICO RAMON BERMUDEZ ORTEGA nació en San Pedro de Macorís el 29 de agosto del 1884 y murió en la misma ciudad el 3 de marzo de 1921. "Durante algún tiempo se consagró al magisterio. Luego, en su vida un tanto inquieta y bohemia, el periodismo y las letras fueron su principal ocupación. Además de otras publicaciones de carácter no literario, dirigió en 1912 la revista "Mireya" de San Pedro de Macorís y colaboró en diversos periódicos nacionales. En revistas de la capital, como "La Cuna de América", "Renacimiento" y "Letras", aparecieron muchas de sus composiciones poéticas. La publicación de *Los humildes* en 1916 fue saludada como algo nuevo hasta entonces en la poesía dominicana. La obra —en cuyo fondo habla, más que preocupaciones sociales, sencilla devoción humana— dejaba traslucir no obstante su originalidad, varias influencias, desde la más inmediata de Gastón F. Deligne, a la de los modernistas franceses —Baudelaire, Coppée—. Pero el arte de Bermúdez llegó a adquirir tono más personal y forma depurada. En la expresión de ese "lirismo melancólico que llena de vaguedad y de tristeza su poesía", según Pedro Contín Aybar, pocos han encontrado, como él, acentos de tan íntima profundidad y belleza". Sus obras son: *Oro virgen*, San Pedro de Macorís, 1910 (Prólogo de Felipe A. Martínez). *Los humildes*, San Pedro de Macorís, 1916, XII-120 páginas (Prólogo de Emilio A. Morel). *Las lirás del silencio*, Santo Domingo, R. D., 1923, V-97 páginas. (Prólogo de J. B. Peynado). Libro póstumo.

